

Manteada

- El Indio ese no lo va a poder creer, lo agarro con esto y lo parto. Dijo el Negro.
- Va a venir junto al Duro y con el Feto, son inseparables. Agregó el Tuco.
- ¿Quién más los defenderá? No creo que el resto se exponga por esos...dudaba el Gaita.
- Sí, son compañeros, van a hacer la misma de siempre, vendrán en malón, ocultando a los lacras al centro. Insistía el Tuco.
- La tortuga romana ...
- Entonces, pagarán todos, justos y pecadores, yo voy a repartir igual, no perdono ...
- Tampoco seas bruto, ¿qué tiene que ver el Tierno?. El Gaita parecía más reflexivo y benévolo.
- Si quieren ser buenos compañeros que les cueste, yo hoy me desquito... insistía el furioso Negro.
- ¡Rusito, traete dos fundas de almohada más, please!. Pidió Álvaro.
- ¿Para qué más?, el Chulé ya te aprobaría cabuyería con esos nudos, el zoco se te va a hacer muy largo y no vas a poder pegar.
- También le daría al viejo ese, esta noche.
- ¿Estás loco?, ¡el Viejo Lobo de Mar, tiene las manos como un manojo de calabrotes! ¿sabés la de marineros que habrá fajado? Dicen que en la flota, las dotaciones son de terror, parecen de leva, son bien bravas. Y de los colimbas ni hablemos, vienen de todas partes. No debe haber llegado regalado a Suboficial Mayor Contramaestre. Es de cuero duro.
- Además no es tan malo, vos lo tenés centrado porque te fondeó por no salir a remar. Con el resto es pura cáscara, ladra, pero no muerde. Al final, al Teta le puso diez, para aprobarlo, si no, lo dan de baja por materias.
- Es un bruto, el viejo, escribió Dies, “con ese”. Es de madera y lo reafirma.
- Es orgulloso, hace el papel de malo y le sale bien, pero en el fondo ... muy en el fondo nos quiere, excepto a vos Negro, porque lo gastás ...

La tarde libre transcurría lentamente, el calor del verano incipiente volvía húmedo y pesado el clima isleño. Los mosquitos, en miríadas, golpeaban los vidrios pugnando para entrar. La tierna piel de los cadetorios era un bocado ideal. ¡qué molestos! En 3º 1º, el aula del final del pasillo, junto a las escaleras de la Enfermería, hastiados del embole de la semana del cadete, afónicos de hinchar en el torneo interno y cansados de trabajar en grumos decorados de bastidores de madera, alambre y papel, los seis armaban sus zocos.

El zoco, garrote flexible de trapo (toallas, medias, fundas de almohadas y otros productos de la rapiña del vestuario y dormitorio), era el arma temible, de esa noche: la noche de la “manteada”. Curiosa apelación que también se daba a los bodoques de carne de los frecuentes y típicos guisotes, quién sabe si por similar dureza o por el gusto a trapo viejo, por deshacerse en hilachas, quien sabe.

- No seas loco, Negro, sacale el candado. Dicen que los van a revisar y si tiene algo sólido adentro: te rajan.
- ¿Quién los va a revisar? Los Jefes de Año no son tantos para verificar a todo el Cuerpo. Además estarán entretenidos desde el balcón del Casino de Oficiales.
- No, hay códigos. Dijo el Gaita preocupado.
- Si, como el año pasado, todos alrededor de Estelita. ¡Qué buena estaba con el escote abierto y la melena castaña suelta!. Más libidinoso, aclaró el Negro.
- Me vuelve loco su tonito de franchuta, que usa también fuera de clase. Me la llevaría a febrero para seguir viéndola en el verano... acotó Álvaro.

- A los ofiches parece que también les gusta.
- Nabo, venite a Mardel y vemos minas mejores en biquini, además nos dan bola y hasta un beso.
- Se acuerdan del Borracho Arana, ese sí que estaba alegrón, hace honor al apodo el viejo vago.
- Me hacía reir Chieza, tan atildado con su saco azul cruzado y la copita de champagne llena y alzada, mirando la manteada como si estuviera presenciando un vals.
- Es un gentleman, bestia.
- No, gentleman es el Naranjo, prolijito y culto, con voz suave y frases en latín.
- Es porque es abogado, se hace el dandy, ¿será trolo?.
- Vos lo preferís a Surraco, que te escupe cuando habla, carajea y hace la tabla en su escritorio, como si fuera gimnasta.
- Si, me parece más macho, más franco.

Faltaba sólo una hora para el baño, hoy no habría alistamiento, ni cuenta de diez para cambiarse, ni flexiones. En malón, sin respetar turnos ni precedencias, el dormitorio y las duchas serían tierra de nadie, anarquía, otro campo de batalla, que precedería la manteada.

Tumultos en las duchas y revoleo de borcegués entre las barricadas de camas y colchones de los años, eran un mero preámbulo, todavía contenido por visitas esporádicas de algún oficial moderador.

La Cena de Camaradería posterior era lo más formal de la noche, mezclados con Oficiales y profesores, los cadetes compartirían un menú de excepción, servido en varios platos, helado con charlotte y vino. Por única vez en el año, no había límites. La presencia de las autoridades y la rigurosidad del protocolo, eran rápidamente quebradas por el volumen de las charlas. El vino hacía lo suyo para que la cosa fuera degenerando hasta que empezaban las bromas a los profes (no, nadie se animaba con los ofiches, ni borrachos). Después empezaron los cantos, tímidas invitaciones a saludar a los docentes de ciencia, bailar en el lugar a los maestros de gimnasia, y a mover las caderas a las señoras... ¡a Laurita y Estelita las hacían pararse en sus sillas!. Más tarde, sin mucha demora, llegaban los desafíos entre promociones y siempre degeneraba en las clásicas amenazas a 5º y 1º para la manteada. Los pobres bisoños, ignorantes, aún, temblaban de pánico, las leyendas eran escabrosas.

El Oficial de Guardia, caminaba entre las largas mesas, intentando volver las cosas al orden, disimuladamente, impotente.

Tras el brindis, los grupos, excitados pero en calma, concurren al viejo cine y salón de actos, para disfrutar del teatro anual. La representación burlona de las costumbres liceanas, conjunto de squetchs cómicos y musicales, videos e interacciones con el público. Divertido espectáculo, para los que no se destacaran demasiado o pasaran muy desapercibidos en la cotidianeidad. Para las víctimas, podía ser otra muestra de la crueldad juvenil. Exacerbada por la masa ansiosa de un humor satírico, mordaz e hiriente. La intensa semanal de competencias, la enervante preparación de la Fiesta del Cadete, los exigentes exámenes del último trimestre (definitorios del ciclo), las presiones del régimen militar-pupilo contenidas durante el año, la algarabía de la jornada y el vino de la cena, hacían un buen cóctel para el evento. Las formas estaban rotas.

Es curioso, no todo parecía ser tan malo, ni todos tan malos. Pero en esta ocasión un cierto instinto bestial iba aflorando. La masa se iba caldeando... enardecidos por un justificable odio, si es que hay odios justificables, los trescientos del cuerpo esperaban la conclusión del teatro para correr a buscar los zocos en los improvisados escondrijos.

Juntos, por años y por grupos, embriagados de licor y rencor, excitados y curiosos, esperarían en la Plaza de Armas el ingreso secuenciado de primero y quinto año. Bestial bautismo, fiera despedida.

Todo era bastante confuso en la penumbrosa callejuela lateral del cine, junto al canal W.

-¡Bisoños, manténganse juntos, abrazados!

-¡No se separen! ¡Como un scrum!

-¡No teman, aguanten! ¡Con ustedes no es la cosa!

-¡Eran nuestros hijos! ¡Ahora serán una promoción auténtica!

-¡Los más chicos, como Augliaro, al centro! ¡Los grandotes afuera! ¡García, usted adelante, hombre! ¡Castro también! ¡Los duros al frente! ¡A ver, los que hacen rugby!

-¡Canten su himno! ¡estén firmes! ¡atropellen, no paren!

Muchos consejos de 5º; ahora, al final, daban paternal aliento. Parecía que ellos tenían menos miedo, eran ya grandes, hombres que se afeitaban a diana, que tenían novias y pronto irían a la universidad, que ya se iban. Parecían más serenos, aunque estaban igualmente transpirados e inquietos. Se arrancaban las jinetas, apretaban sus gorras y se mordían los labios. Todos parecían cabines, todos estaban pálidos.

Separados del resto, abrazaban a uno, quizá lloraba. ¿Melancolía prematura o algún cargo de conciencia?. ¿Quién era, el Tati?

Del otro lado, en la polvorienta cancha del fútbol, el cuerpo se agrupaba, entre indígenas alaridos desafiantes.

En el hall, oficiales, profesores y egresados invitados, dialogaban, con indiferente tranquilidad poniendo distancia entre los grupos.

-¡Cuerpo, a la Plaza de Armas carrera mar!, bramó un Oficial entre pitadas largas de atención; y allí se desbandó el malón, atravesando el Patio Cubierto.

Finalmente, como todo destino, llegó el momento de marchar, había dos caminos posibles, 1º año entraría adelante por un lado, detrás de las cocinas junto al vestuario. Quinto entraría después, mucho después, entre el puesto Nº 2 y el antiguo pañol, para dividir al Cuerpo sediento de sangre.

Un genial e infructuosos movimiento de pinzas.

Los bípedos avanzaron unidos, con 6 u 8 de frente, agachados, asidos como la primera línea de forwards, el resto atrás, cerrando un cuadro. El frío sudor de miedo, ante la violencia desconocida, ante lo incierto de la medida del dolor esperable los amedrentaba. Los de atrás empujaban, ellos no resistirían el primer embate.

La jauría de predadores humanos se lanzó sobre ellos, pobres nenes. Descargaron duros golpes con los zocos. No había bronca, era un juego cruel, como el de los niños que queman hormigas con la lupa, bajo el sol.

Era sólo probar la hombría de esos chicos, aprobar su ingreso definitivo al Cuerpo, dejar de ser bisoños. Había que quebrar su formación y ver qué pasaba, cómo reaccionaban. Hacerlos sufrir y comprobar que no lloraban. A los golpes descendentes en la espalda siguieron unos pocos ascendentes, sobre la vanguardia, en la cara. Debían cubrirse con las manos y con ello desprenderse, deshacer la falange. Ese era el secreto de los atacantes, ese era todo el misterio de la mejor defensa.

Los cantos eran débiles, tímidos, los liderazgos no se habían afirmado. En realidad, los más duros estaban recibiendo el peor castigo, el resto los seguía y se escudaba en ellos. No quedaba gran ánimo ni voz para cantar, cada vez que alguien abría la boca, entraba un zocazo a punto de partirle los dientes.

Tras algunos golpes duros, que levantaban rojizas caras maltrechas y mostraban húmedos ojos morados, el gusano humano había ganado ya el centro de la plaza. Los más antiguos, cansados o aburridos, dejaron de pegar, se reservaban para el postre, para 5º año.

Algún novato levantó la cabeza, y recibió de lleno un zocazo extra por desaprensivo o inocente.

Sorpresivamente, los gritos alertaron del ingreso de 5º y la marea tomó otro rumbo, se desprendieron del cachorro de la presa para ir por la bestia abominada; a apalearla.

Eso era otra cosa.

Un bloque fuerte, grande en tamaño pero escaso en número. No se veían las tiras ni las cabelleras. Era un sólido maul, que avanzaba seguro, cantado la marcha de promoción.

Voces graves, uniformes. Gritos de estímulo.

Y las hienas dispersas, que lanzaban sus mordiscos al garrón de la presa. Que desgranaban la tortuga romana con salvajes machetazos de trapo. La ameba se cerraba nuevamente.

-¿Dónde está el Flaco? ¡Si lo encuentro lo mato!

-¡Ahí viene el Führer! ¡Denle duro!

Y por otro lado, dentro del cuadro, los susurros de :

-¡Aguanten muchachos!, ya acaba.

-¡Cubran al Tosco!, lo descubrieron...

-¡Agachate, que no te identifiquen, Ruso!

-¡No se suelten!

-Tierno, ponete abajo mío.

Apoyados en la balustrada del primer piso, en el balcón del Casino de Oficiales, muchos profesores con historia, explicaban la tradición a incrédulos académicos ingresantes.

Alguna extraña pulsión de muerte o de asesinato, el instinto ancestral de los cazadores tribales contra el dinosaurio desfalleciente, el desquite, no sé, pero me imagino siempre una conversación medio afectadamente intelectual sobre algo salvajemente humano, whisky o champagne de por medio, desde arriba y lejana. Testigos que se convertirían en cómplices momentáneos, confesores después y consejeros siempre.

Cayeron sin aliento los primeros, poco a poco, golpe a golpe, se fue desmembrando la fiera exhausta de quinto año, muchos agresores, cansados revolearon sus zocos al aire.

Primer año, superada su prueba, creyendo pasado todo riesgo, se aglutinó para proteger a sus viejos, a 5º. Pobres chicos, vocación de mártires. Ligarón más, por compadritos.

Cuando encontraron al Feto lo destrozaron, lograron separar los grupos y 3º5ª se encargó particularmente de Su hombre. En cuclillas, encorvado, resistió hasta caer, decenas de flagelaciones e insultos. ¡Tanto odio! ¡Tantos arrestos y flexiones!

Se detuvieron cuando sus compañeros, advertidos, encararon a los verdugos cara a cara. Ya era suficiente, ahora era mucho. Iban a contraatacar, desoyendo la tradición de soportar en clama. Golpearían, sería una batalla.

Pero aquí las reglas no se rompen. Las tácitas menos. La manteada era una cosa, amasijar a un compañero era saltar la valla, armar un combate también. Se contuvieron mutuamente, dificultosamente.

Los egresantes levantaron al vapuleado Feto. Los alzaron entre varios. Armaron un cerco, desafiantes. Nadie más lo tocaría. Nadie más los tocaría.

Casi espontáneamente comenzaron nuevamente a cantar su marcha, se abrazaron.

Lentamente cada grupo se fue amalgamando y las promociones tomaron forma. Uno a uno, los sonos de cada himno se fueron haciendo oír.

Los zocos volaban por el aire para caer, olvidados en el suelo embreado.

Lo curioso fue ver, inmediatamente, que en otro movimiento inesperado, los mismos agresores, tomaron a varios apaleados y los alzaron en andas. Les daban hurras y vivas por sus sobrenombres, confianzudos. ¿De qué se trataba todo esto? ¿No los odiaban? ¿Ya estaban perdonados de insospechados pecados?

Quinto año, entumecido y dolorido, se reagrupaba y lloraba. ¿Era de dolor? No lo parecía.

La noche se prolongó en cantos, todos cantaban ahora la Marcha del Cadete.

Los viejos profesores sonreían encogiendo los hombros, con gestos de obviedad, a atónitos académicos novatos. ¿De qué se trataba todo esto?

Mientras la plebe cadetoria se dirigía mansamente, apaciguada a los dormitorios, los espectadores, desde el balcón, retornaban al Casino, meditando.

¿Qué extraños códigos manejan estos niños, que se agraden sin odio, se golpean sin lastimar, paran y lloran juntos?

¿Qué hermandad, secta o logia conforman?

Muchos códigos no se escriben, no se aprenden de libros. Muchas normas se adquieren de vivirlas. No se olvidan ...

¿Cuánto tardaría Laurita en entenderlas?

¡Cuán pronto las extrañaríamos nosotros!